

# **Perspectivas socialistas sobre la Unión Soviética en los años treinta: una aproximación al debate europeo y a su recepción argentina a través de la Revista Socialista.**

Cacciatore, Sebastián M.

Cita:

Cacciatore, Sebastián M. (2017). *Perspectivas socialistas sobre la Unión Soviética en los años treinta: una aproximación al debate europeo y a su recepción argentina a través de la Revista Socialista*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/100>

**Perspectivas socialistas sobre la Unión Soviética en los años treinta: una aproximación al debate europeo y a su recepción argentina a través de la *Revista Socialista***

Sebastián M. Cacciatore (UNTREF/CONICET)  
[PARA PUBLICAR EN ACTAS]

**Introducción**

La naturaleza del proceso revolucionario ruso constituyó uno de los más apremiantes temas de reflexión para los socialistas occidentales desde la primera posguerra. A partir de 1929, sin embargo, las diversas lecturas sobre la índole del régimen soviético comenzaron a complicarse en virtud de las inmensas transformaciones políticas, sociales y económicas que se insinuaban en Rusia. La consolidación de la dictadura stalinista tras la eliminación de las tendencias opositoras encabezadas por Trotsky y Bujarin, la creciente regimentación de la sociedad, la colectivización forzosa de la agricultura y el inicio del primer ensayo de planificación e industrialización a gran escala, procesos todos signados por el ejercicio del terror sobre amplias capas de la población, obligaban a una revisión de las certezas de antaño.

Con todo, si para algunos intelectuales socialistas estos desarrollos sólo podían ratificar un juicio que ya era negativo, para otros adquirirían un creciente interés a la luz de la profunda crisis en la que comenzaba a sumirse el capitalismo –una crisis en la que creían adivinar el inminente colapso del orden burgués. En un contexto signado además por el rápido ascenso de la derecha radical, frente al cual se evidenciaban dramáticamente las limitaciones del tradicional reformismo socialdemócrata, diversas figuras de la Internacional Obrera y Socialista (IOS) se esforzaron por impulsar una renovación estratégica. A comienzos de los treinta, la emergencia de una nueva izquierda y de una tendencia “planista” constituyeron las principales expresiones de esta búsqueda de nuevas coordenadas políticas. Para ambas corrientes, la valoración de los alcances y el sentido del experimento soviético revestía una importancia crucial que permitía enfocar de otro modo los debates previos.

Los socialistas argentinos no podían permanecer ajenos a tales polémicas, y es en efecto posible rastrear la huella de las mismas en las diversas publicaciones que los convocaron en esos años. La *Revista Socialista*, que, junto a *La Vanguardia*, constituyó el principal órgano doctrinario del PS en la década del treinta, constituye, en este sentido, una importante fuente para el estudio de dichas controversias, en la medida en que pudieron leerse allí contribuciones de algunos de los principales referentes europeos del movimiento, junto a las de diversos intelectuales socialistas argentinos. Creemos que un análisis de la recepción local de aquellos debates puede contribuir, pues, a una mejor comprensión de las rupturas y realineamientos que agitaron al PS en los treinta.

## Entre el callejón sin salida y la gran obra constructiva

(...) me atormentaba la idea de si había ido a parar al interior de una ruina o al de un edificio sólo en proceso de construcción.

W. G. Sebald, *Austerlitz*

En su importante trabajo *Western Marxism and the Soviet Union*, Marcel van der Linden ha identificado tres grandes ejes en la miríada de interpretaciones marxistas del sistema soviético: a) la teoría de los modos de producción y su eslabonamiento histórico; b) la percepción de la estabilidad y el dinamismo del capitalismo occidental; y c) la percepción de la estabilidad y el dinamismo del sistema soviético. Cada uno de estos ítems es objeto de una periodización particular, y así es que, en la década que nos ocupa, es posible constatar: a) el predominio de una concepción unidireccional del desarrollo histórico; b) la convicción de que la sociedad capitalista se encontraba en su fase terminal; y c) la comprobación de que el experimento soviético, hasta entonces bastante errático, ingresaba en una etapa de planificación<sup>1</sup>.

Si los dos últimos puntos explican el renovado interés de muchos socialistas occidentales por la experiencia rusa, el primero, verdadero punto de fuga, ordena los debates de la época: si el devenir histórico se representa linealmente (*esclavismo* → *feudalismo* → *capitalismo* → *socialismo*), entonces el sistema soviético sólo puede ser capitalista o socialista. Para quienes negaban que pudiera hablarse de *socialismo* en aquellas tierras, la alternativa se imponía, pues, fatalmente: se trataba, para ellos, de una variante del capitalismo –un *capitalismo de Estado*. Como veremos, buena parte de los autores retomados por la *Revista Socialista* se pronuncian a favor y en contra de ese rótulo; unos y otros, sin embargo, irán abriendo inadvertidamente una serie de grietas en aquella matriz, y con el tiempo comenzará a emerger de ellas una imagen diferente.

Es posible rastrear diversas valoraciones de la experiencia bolchevique desde los primeros números de la revista, pero es recién a partir de 1932 que este tema se vuelve objeto de un tratamiento explícito. El disparador del debate es la publicación de un importante libro de Otto Bauer, *Capitalismo y socialismo en la posguerra*, aparecido en alemán en 1931 y rápidamente traducido al español. En esta obra, el máximo referente de la socialdemocracia austriaca se propone estudiar el fenómeno de la racionalización capitalista, una tendencia que, iniciada durante la Gran Guerra, se había extendido luego ampliamente, dando lugar a una profunda transformación técnica del proceso productivo. De dicha innovación se desprenden, según Bauer, claves para la lectura *no sólo* de la crisis capitalista en curso, sino también de la realidad soviética: la incorporación de la alta técnica capitalista (y aquí no cabe hablar tan sólo de maquinarias y de expertos extranjeros, sino

---

1 Van der Linden, Marcel. *Western Marxism and the Soviet Union. A Survey of Critical Theories and Debates Since 1917*, Leiden/Boston, Brill, 2007, pp. 5-8.

también de la “organización científica del trabajo” acuñada por F. W. Taylor) le permitirá a Rusia alcanzar los niveles de productividad de las potencias capitalistas y desbrozar, por fin, el camino hacia el socialismo.

No es la de Bauer una visión idílica: uno por uno son enumerados los peligros que se desprenden de los abusos y errores debidos a la brutalidad de la dictadura stalinista. Con todo, el autor rechaza la intransigente oposición de los mencheviques a la misma: para Bauer, un eventual colapso del experimento soviético sólo puede conducir a la contrarrevolución blanca –un estimulante, a su vez, para la reacción mundial. La vía rusa no es, para él, practicable en Occidente, donde la clase trabajadora debe esforzarse por evitar los estragos de la guerra civil; no obstante, esta posibilidad depende en gran medida de qué tan razonable se muestre la burguesía. Bauer retoma las resoluciones aprobadas por la socialdemocracia austriaca en su Congreso de Linz (1926), y advierte que un bloqueo reaccionario del camino legal al poder será despejado por la violencia obrera. En todo caso, y volviendo a Rusia, es posible prever el éxito del plan quinquenal y, con él, la apertura de un nuevo horizonte: de los rigores del capitalismo de Estado podrá nacer, por un fin, una organización socialista y democrática de la sociedad<sup>2</sup>.

El libro de Bauer pronto engendró réplicas apasionadas, y la *Revista Socialista*, que traducía y editaba artículos procedentes de las principales publicaciones socialistas europeas, rápidamente se hizo eco de aquel debate. La primera reseña de aquella obra fue publicada allí en abril de 1932, bajo la rúbrica de Albert Halasi (quien se convertiría en un cercano colaborador de Hendrik de Man). La reseña es elogiosa: para el autor, la “luminosa exposición” de Bauer puede señalar “el buen camino” para una redefinición de la actitud socialista frente a Rusia<sup>3</sup>. Las posiciones, sin embargo, distaban de ser unívocas.

En julio de 1932 se inicia la publicación de una sección titulada *¿Qué opinión tienen los socialistas del experimento ruso?* Una nota introductoria anticipa que “el concepto central” de la discusión se expresa en la pregunta sobre “si es posible edificar el socialismo sin antes pasar por la etapa capitalista de la sociedad” (casi una pregunta retórica, si se parte de una concepción lineal del desarrollo histórico), y “si el socialismo sólo significa pasar de la explotación del hombre por una clase social determinada a la explotación por el Estado”<sup>4</sup> (cuestión que nos remite, tácitamente, a la noción de capitalismo de Estado). El primer artículo de la serie lleva la firma de Karl Kautsky, y toma como punto de partida el proceso llevado a cabo en 1930 contra ocho ingenieros acusados de sabotaje. Para el viejo apóstol de la ortodoxia, estos acontecimientos indican que Stalin cuenta ya con el fracaso del plan quinquenal, un plan de cuya irracionalidad no duda: se trata de sacrificar

---

2 Bauer, Otto. *Capitalismo y socialismo en la posguerra*, Madrid, Editorial España, 1932, p. 254.

3 Halasi, Albert. “Capitalismo y socialismo después de la guerra mundial”, *RS*, núm. 23, abril de 1932, p. 256.

4 “¿Qué opinión tienen los socialistas del experimento ruso?”, *RS*, núm. 26, julio de 1932, p. 1.

durante cinco años el consumo (ya de por sí escaso) del pueblo ruso, para sentar las bases de una industria pesada y de maquinarias –un lustro de purgatorio tras el cual se promete el pasaje de la indigencia más atroz al paraíso de los trabajadores. Para Kautsky, la única variable que no aciertan a graficar los técnicos del Gosplán es la humana, y es que, bajo un barniz de marxismo, se advierte en el plan la persistencia del *asiatismo*<sup>5</sup>:

“Constituía la esencia de la autocracia rusa que sus representantes despreciaban a los que dominaban, a los cuales sólo llegaron a conocer como esclavos temblorosos y sin voluntad. Por lo mismo creían siempre que llegarían a equipararse a las ricas y poderosas potencias del occidente –y hasta sobrepasarlas– si tomaban los implementos técnicos de aquéllas y no así las libertades. No se daban cuenta que fueron justamente éstas que propiciaron el surgimiento de los investigadores, organizadores y también de los enérgicos y conscientes operarios, sobre los cuales reposaba la técnica y la economía superior del Oeste. Esto no [lo] ha sabido reconocer ninguno de los autócratas de Rusia, desde Pedro el Grande hasta Stalin”<sup>6</sup>.

Lejos, pues, de las esperanzas de Bauer –para quien el *injerto* de la técnica capitalista en las estepas rusas podía dar por fruto una democracia socialista–, para Kautsky es imposible reproducir artificialmente unas libertades que han sido abolidas por la dictadura: es colocar el carro delante de los caballos. Un plan económico erigido sobre la opresión del pueblo no puede tener éxito, como no puede tenerlo ningún intento de forzar las leyes del desarrollo histórico. En este sentido, el autor insinúa, tras recordar sus tempranas críticas al régimen bolchevique, una punzante inquietud: *si Lenin tenía razón, había sido inútil el trabajo de toda su vida*<sup>7</sup>. Si Lenin tenía razón (si Stalin la tiene ahora), se demostraría que es falso que el socialismo sólo puede ser construido sobre la base de un capitalismo industrial altamente desarrollado y de un proletariado libre, poderoso y culto. Afortunadamente, los hechos posteriores habían suturado esa incipiente crisis de conciencia: la experiencia demostraba, al cabo, que “las rutas presentes conducen al abismo”<sup>8</sup>. El colapso es inevitable, pero *sólo el colapso* podrá despejar el camino a la democracia.

En el siguiente número de la revista se publica una intervención de Bauer, en respuesta a las críticas que su libro ha recibido de parte de Kautsky, pero también de Fyodor Dan y Raphael Abramovich (líderes mencheviques en el exilio). Bauer reconoce que todos le reprochan el hacerse y fomentar ilusiones sobre el éxito del plan quinquenal, el apartarse “de la interpretación marxista del desarrollo de las sociedades hacia el socialismo”<sup>9</sup>. El encono es particularmente grave entre los mencheviques, y es que, *si Bauer tiene razón*, el único horizonte posible para ellos sería (o eso

---

5 En contribuciones posteriores, Kautsky profundizará esta caracterización. Las frecuentes analogías y alusiones orientalistas pesan en su argumentación casi tanto como los alegatos más elaborados, y alimentan la idea de un carácter antihistórico –de una *aberración*. Véase Kautsky, Karl. “Comunismo y socialdemocracia”, *RS*, núm. 32, enero de 1933, y “Democracia y dictadura”, *RS*, núm. 36, mayo de 1933.

6 Kautsky, Karl. “El bolchevismo en un callejón sin salida”, *RS*, núm. 26, julio de 1932, p. 6.

7 *Ibidem*, p. 7.

8 *Ibidem*, p. 10.

9 Bauer, Otto. “El porvenir de la socialdemocracia rusa”, *RS*, núm. 27, agosto de 1932, p. 81.

intuyen) la capitulación ante sus verdugos. Bauer reelabora entonces los argumentos de su libro y afirma que la dictadura rusa es producto de un “equilibrio de clases”<sup>10</sup>, una suerte de empate hegemónico entre el proletariado y el campesinado:

“Sólo la dictadura puede arrancar por la fuerza a esa masa de centenares de millones de cabezas el producto agrario, que necesita el proletariado de las ciudades para su alimentación. Y sólo la dictadura, por otra parte, puede imponer al proletariado el pesado sacrificio de las privaciones y el exceso de trabajo, que requiere la implantación de una industria que pueda satisfacer ampliamente y con baratura las necesidades de la clase campesina”<sup>11</sup>.

El régimen de Stalin tiene, pues, una función que cumplir: sólo él puede *forzar* un aumento significativo de la tecnificación y de la productividad agrícolas, y sólo él puede *forzar*, a la vez, un proceso de industrialización y modernización acelerado. “Mientras la dictadura llena sus funciones económicas –continúa Bauer–, crea ella misma las condiciones mediante las cuales será vencida y superada”<sup>12</sup>. A primera vista, la premisa subyacente parece ser aquella vieja metáfora arquitectónica según la cual la estructura determina (“en última instancia”) a la superestructura; estamos lejos, sin embargo, de un reduccionismo economicista. Bauer funda su razonamiento, al igual que Kautsky, en una concepción lineal de la historia, y acepta que el sistema ruso no es *aún* socialismo, sino un capitalismo de Estado. A diferencia de Kautsky, sin embargo, su posición habilita una considerable autonomización de lo político<sup>13</sup>: la dictadura está *decretando* en Rusia una transformación de las fuerzas productivas que permitirá, si no saltar, sí por lo menos abreviar toda una fase del desarrollo histórico. Esto no significa, para Bauer, que dicho régimen vaya a abolirse a sí mismo: simplemente engendrará las *condiciones* para su superación. Es allí donde los socialistas disidentes, hoy vencidos, hallarán su propia tarea histórica: la de orientar a la futura democracia de los trabajadores. Mientras tanto, habría que acompañar sin estorbar el desarrollo del proceso: “somos demócratas y socialistas –remata Bauer–. Pero no demócratas pequeños burgueses, que colocan a la democracia por encima del socialismo, y en oposición al mismo”<sup>14</sup>.

En una línea similar, aunque desde una óptica más cauta y menos entusiasta, se sitúa una importante reflexión de Friedrich Adler (entonces secretario de la IOS), publicada en septiembre de

10 Bauer desarrolla este concepto a comienzos de los años veinte, primero en su libro *La revolución austriaca* (1923) y luego en su polémica con el jurista Hans Kelsen. Véase en particular la respuesta a este último en Bauer, Otto. “The Equilibrium of Class Strengths” (*Der Kampf*, 17/01/1924), en Mark Blum y William Smaldone. *Austro-Marxism: The Ideology of Unity. Austro-Marxist Theory and Strategy*, Vol. I, Brill, Leiden/Boston, 2015, p. 333.

11 Bauer, Otto. “El porvenir de la socialdemocracia rusa”, op. cit., p. 86.

12 *Ibidem*.

13 Como han señalado Laclau y Mouffe, en relación con la orientación teórico-estratégica del austromarxismo, “en la misma medida en que se amplía la efectividad práctica de la intervención política autónoma, el discurso de la ‘necesidad histórica’ pierde relevancia (...); pero esto exige, a su vez, una proliferación de nuevas formas discursivas que ocupen el campo dejado vacante. Los austromarxistas no llegan, sin embargo, al punto de romper con el dualismo”. Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, FCE, 2014, p. 59.

14 Bauer, Otto. “El porvenir de la socialdemocracia rusa”, op. cit., p. 88.

1932. F. Adler comienza por reconocer que “el problema que ofrece la Rusia de los Soviets, hoy, es un problema *nuevo*, nada parecido a los problemas de sus primeros diez años de existencia”<sup>15</sup>, “algo *totalmente diferente* de lo que el marxismo ha preconizado, durante años y años, como el *camino del socialismo*”<sup>16</sup>. El argumento sigue aquí la línea habitual: para los fundadores del materialismo histórico, el socialismo sólo era concebible al final de una larga evolución que *fatalmente* debía atravesar una etapa capitalista<sup>17</sup>. Este axioma, continúa F. Adler, había sido compartido por Axelrod y Pléjanov, padres del marxismo ruso, y también por Lenin. En efecto, el líder bolchevique había cifrado sus esperanzas en la revolución *mundial* como resultado de la guerra: era la extensión del proceso revolucionario a las potencias occidentales (y en primer lugar a Alemania) lo que debía justificar y *salvar* la experiencia rusa. Es por ende el fracaso de esa oleada revolucionaria y el ingreso del capitalismo en una fase de estabilización lo que corroe las premisas de la apuesta leninista, y es en la pretensión staliniana de construir el socialismo “en un sólo país” (¡el más *atrasado* de Europa!) donde F. Adler descubre la novedad del momento actual:

“Stalin adopta el punto de vista de Marx: sin industrialización, imposible el socialismo. Pero saca una conclusión en la cual Marx no ha pensado jamás, ni hubiera jamás podido pensar. Dice: ‘Si la industrialización es necesaria, *hagámosla nosotros mismos*’”<sup>18</sup>.

Así, pues, el fenómeno que Bauer recorta en forma tácita –la autonomización de lo político– es explicitado por F. Adler como un problema teórico. El autor intenta resolverlo echando mano de las reflexiones de Marx sobre la fase inicial del capitalismo industrial: se trataría, para él, de “una *industrialización por acumulación primitiva sin el concurso de los capitalistas privados*”<sup>19</sup>. El secretario de la IOS considera que, eliminada la burguesía, el Estado cumple en la URSS su función histórica: la dictadura, y no una clase social –*la política antes que la economía*– es el agente de este proceso. El Estado soviético intenta así “activar a la manera de los invernaderos la industrialización y abreviar las fases de transición”<sup>20</sup>. F. Adler retoma aquí también las ideas de Bauer: el grado de desarrollo técnico alcanzado por las potencias capitalistas puede ser *importado, injertado* en la realidad soviética, a fin de acelerar los tiempos de la modernización socialista.

¿Cómo caracterizar, pues, a este sistema signado por un proceso de acumulación primitiva? El capitalismo *privado* ha sido suprimido en Rusia, sí, pero su sepulturero no ha sido el socialismo,

---

15 Adler, Friedrich. “La experiencia de Stalin y el socialismo”, *RS*, núm. 28, septiembre de 1932, p. 161. Subrayado en el original.

16 *Ibidem*, p. 164. Subrayado en el original.

17 Es interesante recordar que el viejo Marx, en su correspondencia con Vera Zasúlich, había afirmado que aquel esquema sólo era aplicable en el contexto de la Europa occidental, y que en Rusia era posible concebir un desarrollo *alternativo*, que podía conducir *directamente* del *mir* campesino a la comuna socialista.

18 *Ibidem*, p. 167. Subrayado en el original.

19 *Ibidem*, p. 168. Subrayado en el original.

20 *Ibidem*, p. 169.

sino el capitalismo de Estado. El autor se pregunta entonces si este desarrollo constituye una *necesidad histórica* o si es apenas el producto de una *desviación política*, y afirma categóricamente esta última tesis. Es precisamente por ello, concluye, que los socialistas deben combatir contra las ilusiones comunistas que pretenden exportar el modelo ruso, aunque a la vez deban rechazar todo sabotaje u obstaculización de aquel modelo en la propia Rusia. “Lo que debe regular nuestra actitud –apunta el autor–, no son las *esperanzas del socialismo* en Rusia, son los *peligros políticos* de un vuelco de la dominación bolchevique”<sup>21</sup>; no el amor, pues, sino el espanto. El razonamiento de F. Adler prolonga y matiza, así, al de Bauer, pero al hacerlo introduce nuevas tensiones en una matriz estructurada aún por una concepción lineal de la historia<sup>22</sup>.

En el mes de octubre de 1932 se publica en la revista un artículo de Max Adler, uno de los mayores referentes intelectuales de la izquierda socialista de la época. También él toma como punto de partida la polémica atizada por el libro de Bauer, a cuyas conclusiones adhiere. Para M. Adler, las críticas que ha merecido aquella obra se explican por la necesidad de combatir contra las tácticas comunistas en Occidente, lucha que parece inclinar a muchos socialistas hacia una condena del experimento ruso *en sí mismo*: una posición eminentemente *afectiva*, pues, que no puede pasar por juicio histórico. Si es cierto que la vía rusa no es aplicable en las grandes potencias capitalistas, advierte M. Adler, el razonamiento inverso también es válido: la vía democrática era simplemente impracticable en Rusia. En este sentido, para avanzar más allá de la mera indignación moral resulta necesario ponderar –como lo hiciera Bauer– las *tareas* de la dictadura: el recurso a la violencia, al terror rojo, no justifica por sí mismo un juicio condenatorio. M. Adler repudia ciertas analogías que ya comienzan a ser pensables entre los regímenes soviético y fascista, pues lo decisivo es, para él, definir la *función histórica* de la violencia:

“Ambas formas de dictadura ejercen una violencia sobre el proletariado (...), pero el fascismo ejerce esa violencia contra los intereses del proletariado, mientras que el bolcheviquismo lo hace en el sentido de los intereses del proletariado. De lo que se desprende que la dictadura del fascismo es siempre reaccionaria, y la del bolcheviquismo siempre revolucionaria”<sup>23</sup>.

M. Adler llega por esta vía mucho más lejos que Bauer en la defensa del experimento soviético, de la mano de un razonamiento maniqueo que seguirá interpelando a varias generaciones de intelectuales marxistas: no es posible optar en Rusia entre democracia y terror, sino tan sólo entre terrores opuestos. En este juego de suma cero, la violencia roja es “la partera de la Historia”, y es

21 *Ibidem*, p. 175. Subrayado en el original.

22 Van der Linden recupera, en este sentido, una interesante crítica contemporánea al planteo de F. Adler. Para el comunista alemán H. Linde, la posición del secretario de la IOS contenía una contradicción insalvable: para Marx, la acumulación primitiva no era el resultado del modo de producción capitalista, sino su punto de partida; por lo tanto, si había acumulación primitiva, no había aún capitalismo. En estos términos, si existía capitalismo de Estado en la URSS, no podía hablarse de acumulación primitiva, y viceversa. Van der Linden, Marcel. *op. cit.*, p. 91.

23 Adler, Max. “La discusión sobre la Rusia de los Soviets”, *RS*, núm. 29, octubre de 1932, p. 245.



por ende en la Historia misma (y no en los dominios de la ética) que ha de encontrar su justificación. Es en estos términos que el autor le da su venia a los sacrificios que demanda la lógica del plan, pues “la construcción de la industria rusa y el aumento de las fuerzas productivas en Rusia sólo son posibles mediante una gigantesca expoliación de la fuerza humana”<sup>24</sup>. Es también en estos términos que rechaza las consideraciones del secretario de la IOS sobre la acumulación primitiva:

“(…) la diferencia más grande entre el sacrificio de los hombres durante la acumulación primitiva así como también en la creciente crisis mundial, y el sacrificio en Rusia, es que este sacrificio en Rusia tiene un sentido, el de una obra constructiva bajo condiciones desfavorables, y una tendencia, que es la de hacer desaparecer ese sacrificio a medida que adelanta la construcción”<sup>25</sup>.

Si algunos sacrificios se viven *sin sentido* al pie de un mundo en ruinas, otros se confunden y subliman con los progresos de una obra en construcción. Pero hay un punto crucial en el cual la interpretación de M. Adler se aleja de la de Bauer: para aquél, no tiene sentido caracterizar al experimento soviético como un capitalismo de Estado. Según este autor, no es correcto aplicarle ese rótulo “a un sistema que tiende a la supresión de la economía capitalista” “por la sola circunstancia de que deba seguir empleando métodos de trabajo y de cálculo capitalistas”<sup>26</sup>. Surge aquí un ingente problema: si no cabe hacer uso de tal categoría, y si a la vez se acepta que el socialismo es todavía un objetivo *a futuro*, ¿cómo caracterizar al modelo ruso? Poco a poco, la concepción lineal de la historia que subyace a estas lecturas comienza a evidenciar sus rajaduras. Surge también, por otra parte, una constatación, de la que no podremos ocuparnos aquí: para la gran mayoría de las figuras que intervienen en este debate, la técnica capitalista es un *instrumento* políticamente neutro (y no una *crystalización* de ciertas relaciones sociales); una planta que puede ser *transplantada* en la tierra de los Soviets para obtener frutos que –así se espera– *no serán* los del capitalismo<sup>27</sup>.

Hemos notado ya en varios casos una ambigüedad en relación con la noción de capitalismo de Estado, y hemos dicho que en esa vacilación se advierte el agrietamiento de la misma. Esa fisura será profundizada por un autor que la dirección de la revista seguirá con interés a lo largo de los años siguientes: Lucien Laurat. Este intelectual (cuyo verdadero nombre era Otto Maschl) era un ex

---

24 *Ibidem*.

25 *Ibidem*, p. 247.

26 *Ibidem*, p. 251.

27 Como indica Raniero Panzieri, “casi no se sospecha que el capitalismo pueda servirse de las nuevas 'bases técnicas' (...) para perpetuar y consolidar la estructura *autoritaria* de la organización de la fábrica; de hecho, se representa todo el proceso de industrialización como dominado por la fatalidad 'tecnológica' que conduce a la liberación 'del hombre de las limitaciones que le son impuestas por el ambiente y por las posibilidades físicas'”. Panzieri, Raniero. “Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo” (1961), en *Lotte operaie nello sviluppo capitalistico*, Turín, Einaudi, 1976, p. 10. En el mismo sentido se manifiesta Castoriadis: los dirigentes bolcheviques “quieren suprimir la propiedad privada, la anarquía del mercado, pero no la organización de la producción llevada a cabo por el capitalismo. Quieren modificar la *economía*, no las relaciones de trabajo, ni el trabajo mismo. (...). El desarrollo de las fuerzas productivas es, si no el fin último, sí al menos el *medio absoluto*”. Castoriadis, Cornelius. “El papel de la ideología bolchevique en el nacimiento de la burocracia” (1964), en *La experiencia del movimiento obrero, II. Proletariado y organización*, Barcelona, Tusquets, 1979, p. 309.

militante comunista austriaco, especialista en temas económicos, que se había desempeñado como profesor universitario en Moscú. En 1927 había abandonado la URSS y abjurado del comunismo; ya en Francia, se había unido a la SFIO, donde animaba una de las corrientes planistas del socialismo francés, nucleada en torno a la revista *Le Combat Marxiste*<sup>28</sup>. El número de octubre de 1932 de la *Revista Socialista* presenta un resumen de una de sus conferencias. La misma versa, en realidad, sobre el problema de la socialización, pero la referencia al caso soviético es ineludible. Laurat se detiene allí en un problema clave:

“La burocracia soviética se ha vuelto una nueva clase explotadora. ¿Cómo deduce ella su plusvalía? No como la explotación capitalista, sino por una nueva forma de explotación. El trabajo improductivo es el empleado en la circulación. No crea valor, pero es útil cuando existe en cantidad proporcionada. En la mayoría de los países capitalistas la proporción entre el trabajo productivo y el improductivo es entre 3 y 5 a 1. En Rusia es de 1 a 1”<sup>29</sup>.

El desarrollo del tema es escueto (aunque una nota editorial remite a su libro *L'économie soviétique*, de 1931, donde la cuestión se aborda en detalle): en Rusia ya no existe burguesía, pero despunta *una nueva clase explotadora*. Las consecuencias de esta tesis son cruciales: si el fundamento de la dominación burocrática no es análogo al de la dominación burguesa, no puede hablarse, en rigor, de una reconstitución capitalista: se trata de un modo de producción *sui generis*<sup>30</sup>.

Ahora bien, hemos dicho en la introducción de este trabajo que, frente a la crisis del treinta, las dos principales orientaciones estratégicas que se perfilan en distintas secciones de la IOS son la emergencia de una nueva corriente de izquierda y de una tendencia planista. Ambos fenómenos se verifican también en el contexto argentino y, por lo menos hasta 1934, será posible hallar en las páginas de la *Revista Socialista* contribuciones de intelectuales vinculados a ambos sectores<sup>31</sup>.

En relación con el debate que aquí nos ocupa, Bernardo Edelman celebra que “Bauer, en el

---

28 Lefranc, Georges. “Le courant planiste dans le mouvement ouvrier français de 1933 a 1936”, en *Le Mouvement Social*, núm. 54, enero-marzo de 1966.

29 Laurat, Lucien. “La socialización”, *RS*, núm. 29, octubre de 1932, p. 280.

30 Como señala van der Linden, Laurat “fue el primero en crear una sofisticada base teórica para la idea de que la Unión Soviética se había convertido en un nuevo tipo de sociedad”. Van der Linden, Marcel. op. cit., p. 70.

31 La nueva ala izquierda del PS, cuyo principal referente era el líder de la Federación Socialista Mendocina, Benito Marianetti, llegaría a disputar abiertamente la definición de la orientación partidaria pero sería derrotada en el Congreso de Santa Fe, en 1934, y ya en 1937 se escindiría para formar el efímero Partido Socialista Obrero. Con respecto al sector planista, su principal promotor en la Argentina fue, precisamente, Rómulo Bogliolo, el director de la *Revista Socialista*, quien desde 1932 abogaba por una redefinición programática en tal sentido. Sobre el desarrollo del sector de izquierda, pueden consultarse los trabajos de Ilana Martínez: “Un acercamiento a la izquierda del Partido Socialista a través de su prensa periódica. La revista *Izquierda. Crítica y Acción Socialista*, 1934-1935”, en *Papeles de Trabajo. Revista electrónica del IDAES-UNSAM*, año 2, núm. 3 (junio de 2008). De la misma autora, “Conflictos, disidencia y radicalización. El ala de izquierda del Partido Socialista argentino, 1929-1937”, ponencia presentada a las Segundas Jornadas Nacionales de Historia Social, 13, 14 y 15 de mayo de 2009, La Falda, Córdoba. *Mesa 9: El mundo de los trabajadores: espacios, actores, cultura y conflictos*. Sobre la emergencia de una tendencia planista, véase Portantiero, Juan Carlos. “El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década de 1930”, en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (comps.). *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

artículo publicado en *Revista Socialista* polemizando con Dan, Abramowitsch y Kautsky, aprueb[e] la medida adoptada en Rusia de establecer la dictadura del proletariado”, y que las últimas resoluciones de la IOS “incit[e]n a luchar decididamente contra la reacción y por un estado socialista”<sup>32</sup>. Para Edelman, las campañas anticomunistas no son más que un pretexto para desarmar a la clase trabajadora en su conjunto, y en el propio PS, advierte, “no es posible dejar de reconocer una intranquilidad en las filas, que a veces se manifiesta en proposiciones vagas, pero que denotan un deseo de que el partido se oriente hacia una política de mayor espíritu de clase”<sup>33</sup>. Para el autor, es preciso *recibir el ejemplo alemán* –reconocer que nada puede la moderación parlamentaria en tiempos de crisis y de reacción capitalista. Haciéndose eco de las palabras de Bauer, Edelman concluye: “hablemos a la clase trabajadora de democracia, pero hagámosle comprender también que si la burguesía abjura de ella, es necesario estar decidido a luchar en el campo en que se nos coloca”<sup>34</sup>. En este sentido, pues, la reflexión sobre la crisis del socialismo occidental y sobre las perspectivas de desarrollo del régimen soviético habilitaban, para un importante sector de la IOS, una creciente radicalización, enmarcada en una decepción también creciente frente a la tradicional apuesta parlamentaria<sup>35</sup>.

Si las posiciones de Edelman son expresión de las inquietudes que agitaban a la izquierda socialista, otras intervenciones resumen las de la vertiente planista. Así, en septiembre de 1933 se publica un trabajo de Enrique Ferreira sobre la economía dirigida. Allí se afirma que, “parcialmente, la economía dirigida o planeada se aplica en varios países, incluso en el nuestro (aunque en beneficio de los peores intereses). En la Unión Soviética podemos tomar el ejemplo más avanzado en perfección y proyecciones”<sup>36</sup>. El plan soviético constituye, pues, una suerte de *caso límite*, un modelo a estudiar para la confección de un plan económico argentino. En el mismo sentido será posible leer algunos años más tarde, en una columna de opinión sin firma:

“Los revolucionarios rusos pagaron muy caro el aprendizaje hasta la llegada de la Gosplán. ¿Debemos nosotros los socialistas argentinos desechar las enseñanzas ajenas y dejar librado a la iniciativa personal de tal o cual militante el estudio esporádico de los grandes problemas argentinos?”<sup>37</sup>.

Para esta corriente, que abrevaba en el *Plan du Travail* bosquejado por Hendrik de Man,

---

32 Edelman, Bernardo. “Métodos y tácticas de lucha”, *RS*, núm. 30, noviembre de 1932, p. 360.

33 *Ibidem*, p. 361.

34 *Ibidem*, p. 362.

35 Para un análisis comparativo de esta evolución en varios partidos socialistas europeos, véase Horn, Gerd-Rainer. *European Socialists Respond to Fascism. Ideology, Activism and Contingency in the 1930s*, Oxford, Oxford University Press, 1996.

36 Ferreira, Enrique. “El socialismo y la economía dirigida”, *RS*, núm. 40, septiembre de 1933, p. 187. Una nota introductoria aclara que se trata de un alumno del curso que sobre la materia dictara Rómulo Bogliolo en la Escuela de Estudios Sociales Juan B. Justo, que él mismo encabezaba.

37 “Una labor preparatoria”, *RS*, núm. 82, marzo de 1937. Es probable que el autor de la nota sea Bogliolo.

antes que en los rigores del Gosplán stalinista, esta última experiencia debía ser, sin embargo, analizada con atención. Lejos de constituir una querrela académica, los debates sobre el sentido del ensayo soviético cobraban, pues, una gran relevancia para los socialistas occidentales –entre ellos, los argentinos–, en tiempos en que el capitalismo realmente parecía adentrarse en su fase terminal, y en los que unos y otros, izquierdistas y planistas, coincidían en señalar los límites del tradicional reformismo socialista.

Los ejes del debate se desplazarán muy pronto. Al triunfo del nazismo en 1933, que abre paso –ante el desconcierto y la pasividad del SPD– al brutal desmantelamiento de las poderosas organizaciones obreras alemanas, sigue el golpe de Dollfuss en Austria –este sí enfrentado, aunque sin éxito, por una improvisada insurrección socialista–, y por un momento, durante los disturbios del 6 de febrero de 1934 en París, llega a temerse la posibilidad de un destino análogo en Francia. En octubre los obreros asturianos, bajo la vacilante dirección de un PSOE radicalizado, y alarmados por la posible entrada de la derecha en el gobierno republicano, se alzan también en armas al grito de *¡antes Viena que Berlín!* Los comunistas europeos emprenden en aquellos meses un giro de ciento ochenta grados respecto de su política ultrasectaria de la víspera: el PCF negocia un pacto de colaboración con la SFIO, el PCE practica un acercamiento similar al PSOE, y ya en 1935, en ocasión de su VII Congreso, la Internacional Comunista (IC) consagra su nueva política de *frente popular*. El PC argentino también practica esta acrobacia, y no debe asombrarnos si a partir de entonces las consideraciones sobre el carácter del régimen soviético se ven desplazadas, en la *Revista Socialista*, por otras referidas al tenor y la credibilidad de la nueva línea comunista. La discusión sobre la naturaleza del ensayo ruso no desaparece, desde ya, pero queda un tanto desdibujada por el análisis de la política exterior soviética (de la cual la IC era considerada un instrumento).

La denuncia de la duplicidad comunista se deja oír en reiteradas ocasiones<sup>38</sup>. En tiempos en que la izquierda del PS aboga por un entendimiento con el PC, Bogliolo y sus colaboradores no dejan de insistir en la necesidad de no ceder ante los embustes de quienes han dividido a la clase obrera: “la unidad con el cuchillo debajo del poncho –se lee en una nota editorial hacia 1938, poco después de la escisión del ala izquierda– es peor que la división”<sup>39</sup>. El vuelco de la IC será leído, en las páginas de la *Revista Socialista*, no como un giro *estratégico* (es decir, no como una verdadera rectificación de la línea sostenida hasta entonces) sino como un movimiento *táctico*: la negociación de un acuerdo de defensa mutua entre la URSS y Francia, ante el inquietante rearme alemán, sería

---

38 Véase, por ejemplo, Bogliolo, Rómulo. “En la línea”, *RS*, núm. 52, septiembre de 1934; “¡Esas tenemos!”, *RS*, núm. 60, mayo de 1935; “Otro cambio de táctica”, *RS*, núm. 63, agosto de 1935; “Notas internacionales”, *RS*, núm. 64, septiembre de 1935; e “Ideas y comentarios”, *RS*, núm. 76, septiembre de 1936.

39 “Ideas y comentarios”, *RS*, núm. 95, abril de 1938, p. 295.

el fundamento de la súbita inflexión democrática del discurso comunista en los años siguientes. Desde este punto de vista, es la necesidad de ganar aliados en Occidente lo que temple (por el momento) el sectarismo comunista, y es así que se denuncia a la URSS por hacer del proletariado internacional una simple masa de maniobra al servicio de una política belicista<sup>40</sup>.

Hacia 1936, en tiempos de la sanción de la nueva constitución soviética, es posible hallar todavía en la revista posiciones que, sin escatimar críticas, y sin dejar de insistir en que *aquello* no es aún socialismo, creen ver en escena —a la manera de Bauer— los avances, lentos y tortuosos, de un proceso de *democratización*<sup>41</sup>. Esta es todavía la opinión de Chaim Zhitlovsky, viejo intelectual eserista, en 1937<sup>42</sup>. Hacia entonces, sin embargo, comienzan a abrirse paso nuevas lecturas de la realidad rusa. En agosto de ese año se publica un artículo de Henri Siriez (uno de los militantes que siguieran a Marcel Déat en la escisión *neosocialista* de la SFIO) sobre el libro *La revolución desfigurada*, de Trotsky. Siriez sigue al padre del Ejército Rojo en su denuncia de la “degeneración burocrática”, pero pronto se desvía hacia sus propias conclusiones: la experiencia rusa demuestra, para el autor, la imposibilidad de construir el socialismo sin pasar por una fase capitalista, y puede ser conceptualizada como un capitalismo de Estado. Hasta aquí, nada nuevo. Pero Siriez va más allá de dicha constatación: “lo más desagradable —observa— es la impresión de conjunto que se recoge; la de que los dos regímenes más parecidos en la hora actual son el soviético y el hitlerista”<sup>43</sup>. El autor se refiere entonces al polémico libro de André Gide, *Regreso de la URSS*, y concluye:

“(…) cuando se ha terminado ese libro, se lanza un suspiro de alivio y no se está enojado por ser Francés. Pues Francia es la democracia, la civilización, la libertad; es un país donde las condiciones de realización de un régimen socialista verdadero están más cerca de ser realizadas que en esa Rusia donde el 'despotismo esclarecido' ha podido cambiar de color, pero que no ha evolucionado desde Pedro el Grande”<sup>44</sup>.

Emergen aquí dos elementos de gran significación: por un lado, sin abandonar la clásica noción de capitalismo de Estado, se ensaya ahora una comparación (más aún, una *igualación*) del experimento ruso con el nazi-fascista. Comienza a abrirse paso una tematización del orden soviético en términos de *totalitarismo* —esto es, una lectura que toma como eje central de su definición no ya el carácter de su estructura productiva, sino el de su régimen político. Esta interpretación, que se va difundiendo a partir de las Grandes Purgas, se acentuará en agosto de 1939, en ocasión del Pacto Ribbentrop-Mólotov. El acercamiento entre los enemigos acérrimos de la víspera, que entre otras cosas se traduce en el reparto de Polonia y en la ocupación soviética de amplios territorios en la

40 Véase Ollivier, Marcel. “Una nueva táctica comunista”, *RS*, núm. 68, enero de 1936. En el mismo sentido, Pommera, Marcelle. “El proletariado y la próxima guerra”, *RS*, núm. 76, septiembre de 1936.

41 “La nueva constitución rusa”, *RS*, núm. 75, agosto de 1936.

42 Zhitlovsky, Chaim. “La nueva constitución de Rusia”, *RS*, núm. 89, octubre de 1937.

43 Siriez, Henri. “La URSS vista por Trotsky”, *RS*, núm. 87, agosto de 1937, p. 88.

44 *Ibidem*.

Europa oriental, deja en evidencia, para muchos socialistas, la falsedad de la prédica antifascista sostenida hasta entonces por la IC, y aún la íntima afinidad entre ambos regímenes<sup>45</sup>.

El segundo elemento nos remite a una transformación del discurso socialista, en el contexto de su propia inflexión antifascista: la democracia parlamentaria, cuyas limitaciones fueran señaladas con vehemencia por izquierdistas y planistas hacía apenas algunos años, era asumida ahora como horizonte último del proyecto socialista. Para ese entonces, el ala izquierda del socialismo argentino ya se ha nucleado en un partido aparte (el PSO), y las propuestas planistas han sido parcialmente incorporadas al programa del PS en su Congreso de 1938<sup>46</sup>. Las coordenadas del imaginario socialista argentino serían definidas a partir de entonces, de manera creciente, por la polaridad dictadura/democracia; en ese marco, la experiencia soviética, a la que tantos socialistas habían vuelto sus ojos a comienzos de la década, comenzaría a leerse como un contramodelo civilizatorio.

### Reflexiones finales

En los debates sobre la Unión Soviética que recoge y recorta la *Revista Socialista*, es posible distinguir cuatro grandes desplazamientos:

a) A comienzos de la década predomina ampliamente la discusión sobre la naturaleza de aquel régimen, tanto en sus aspectos políticos (crítica de la dictadura) como económicos (alcances y significado de la planificación económica). Si bien estos temas no desaparecen en la segunda mitad de la década, el centro de atención se desliza hacia la política exterior soviética (que incluía, para los socialistas, tanto las maniobras de la cancillería moscovita como las de la IC).

b) Las diversas lecturas sobre el carácter de la URSS tendían a converger, en los primeros años treinta, en la noción de capitalismo de Estado –un concepto que, en ciertas formulaciones, revelaba ya sus grietas, que eran también las de una concepción lineal de la historia. Hacia fines de la década comienza a abrirse paso, en algunos intérpretes, la idea de que existe en la URSS un sistema *cualitativamente* diferente, que no puede ser aprehendido en términos de capitalismo o socialismo, y que comparte profundas semejanzas con los regímenes nazi y fascista: se trataría de un *totalitarismo*. Si en 1934 podían leerse en la revista artículos en los que se rechazaba cualquier comparación entre el orden soviético y el fascismo, ya en 1937 es posible oír voces que, como la de Siriez, postulan con claridad esa analogía. Se avanza, pues, de una lectura de la realidad soviética en términos fundamentalmente económicos a otra que prioriza los rasgos de su sistema político.

c) El temor a una nueva guerra europea, muy palpable desde mediados de los treinta, da

---

45 Véase Cúneo, Dardo. “La nueva hora del socialismo”, *RS*, núm. 111, agosto de 1939, “El comunismo”, *RS*, núm. 111, agosto de 1939; “Ideas claras y energía para expresarlas”, *RS*, núm. 112, septiembre de 1939; Jobet, Julio César. “Acotaciones al último discurso de Dimitrov”, *RS*, núm. 122-123, julio-agosto de 1940; y Frugoni, Emilio. “Mensaje a la juventud”, *RS*, núm. 124, septiembre de 1940.

46 Véase al respecto Portantiero, Juan Carlos. op. cit., p. 320.

lugar, primero, a una crítica del pacto militar franco-soviético. Para algunos intérpretes, la URSS pretende arrastrar al proletariado internacional a una guerra contra Alemania en defensa de los intereses nacionales rusos; puede leerse, asimismo, que “entre Francia y Alemania está el choque de dos imperialismos de los que uno ya está fascitizado y el otro todavía no”<sup>47</sup>. Esta crítica tiende a atenuarse hacia fines de la década, pero resurge –en términos bien distintos– en agosto de 1939, ante el pacto Ribbentrop-Mólotov: se condena entonces a la URSS por haber precipitado la guerra, pero también (y en especial) por abjurar cínicamente de sus campañas antifascistas de la víspera y “apartar a las masas trabajadoras de la posición espiritual de simpatía a las naciones democráticas y de hostilidad a los totalitarismos agresores”<sup>48</sup>. En otras palabras, si algunos años antes podía condenarse a los comunistas por embarcarse en una política de defensa nacional, ahora se los repudia por abandonar a las democracias en su lucha contra la agresión nazi-fascista. El drástico viraje de la IC no debe ocultarnos, pues, un giro más gradual, pero no menos importante: el de los propios socialistas en su posición frente a la guerra. En este sentido, cabe advertir una transición desde un discurso mayormente antibelicista hacia la asunción de una política de defensa nacional<sup>49</sup>.

d) El interés por la planificación económica a principios de los treinta debe entenderse en el contexto de la crisis capitalista global y del ascenso de la derecha radical, es decir, en el marco de una búsqueda de nuevas coordenadas estratégicas frente a lo que se percibe como una crisis *del propio socialismo*. Si a comienzos de la década era posible leer artículos que ponían en cuestión las limitaciones de la democracia liberal, hacia fines de este período encontramos una defensa cerrada de dicha tradición en clave antifascista<sup>50</sup>.

Naturalmente, cada una de estas cuestiones abre problemas e interrogantes que trascienden el debate sobre la experiencia soviética, y que nos remiten a un panorama internacional cambiante. Con todo, la evolución de las polémicas que agitaron a la socialdemocracia occidental frente a la Rusia de Stalin constituye un posible punto de partida para una indagación más amplia sobre las transformaciones del imaginario socialista.

---

47 Pommera, Marcelle. op. cit., p. 205.

48 Frugoni, Emilio. op. cit., p. 118.

49 Un momento clave de este viraje es recuperado por la revista en agosto de 1938, cuando se recoge la controversia en el antifascismo italiano sobre la perspectiva de una nueva guerra europea: frente a un Modigliani que se aferra aún a posiciones pacifistas, las intervenciones de Saragat y de Morgari reivindican una política de defensa armada frente a la agresión nazi-fascista. Véase RS, núm. 99, agosto de 1938. Para un análisis clásico de esta evolución, véase Sturmthal, Adolf. *La tragedia del movimiento obrero*, México, FCE, 1945.

50 Sobre la conformación de un campo antifascista liberal-socialista en la Argentina, véase Bisso, Andres. *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo, 2005. Véase asimismo Martínez Mazzola, Ricardo. “Justo, Korn. Ghioldi. El Partido Socialista y la tradición liberal”, en *Papeles de Trabajo*, año 5, núm. 8, Buenos Aires, noviembre de 2011.